

LA CUIDADORA

POR MARISSA MEYER

Michelle deslizó su dedo por el portavisor, hojeando el álbum de fotos que su nieta había enviado esa mañana. Luc había llevado a Scarlet a ver las ruinas del Museo del Louvre, y Scarlet había tomado decenas de fotografías de las estatuas desmoronándose y restos aún en pie. Incluso había una foto de Luc y Scarlet juntos, acurrucado en enormes abrigos de lana junto a una estatua a la que le faltaba un brazo. La mujer de piedra parecía ser un tercer miembro de su excursión.

Michelle se detuvo un momento en esta foto, la única de álbum en la que aparecían juntos Luc y Scarlet. Aunque Luc tenía su habitual y característica expresión, siempre esforzándose de más por parecer sofisticado, Scarlet mostraba una pícaro sonrisa. Sus ojos brillantes, uno de sus dientes delanteros se había caído, la mitad de su rojizo cabello metido en el cuello de la chaqueta. Se veía feliz.

Por una vez, Luc se esforzaba, y eso reconfortó a Michelle hasta los huesos. Era agradable algo distinto a las habituales comms que recibía de su nieta. La vida en el hogar había sido difícil para la pequeña desde que su madre se fue... no, Michelle sabía que había sido difícil mucho antes. Había sabido desde el principio que su hijo no tenía madera para la paternidad. Era demasiado vanidoso y egoísta, y su joven esposa había sido igual de mala. Su relación había sido apasionada y dramática, e irreformable desde el principio. Habían discutido prácticamente desde el momento en que comenzaron a salir, grandes disputas, gritos, platos rotos y llamadas a la policía por parte de los vecinos más de una vez. Cuando le anunciaron su embarazo, Michelle se forzó a fingir alegría por ellos. El desastroso final a su matrimonio había sido inevitable y sabía que la pobre niña sería la víctima de ello.

Por lo general, se veía obligada a leer entre las líneas en las comms de Scarlet, porque Luc ciertamente nunca decía nada. «*Estoy aburrida y esperando que Papá Llegue a casa*», traducido a «Luc se fue a los bares de nuevo y su hija de seis años está sola en casa». O, «*Gracias por el regalo de cumpleaños. Papá dijo que me llevará a un parque temático a celebrar una vez que el clima mejore*», traducido a «Luc olvidó el cumpleaños de su hija de nuevo y espera que olvide la promesa conforme pase el tiempo». O, «*La vecina trajo ratatouille para la cena... por tercera esta semana. Ella utiliza demasiada berenjena y no me gusta la berenjena, pero Papá dijo que era muy grosera y me envió a mi habitación*», traducido a: «Luc apostó su presupuesto de comida de esta semana, pero al menos la amable vecina está prestando atención, a no ser que haya quedado encantada por la sonrisa de Luc y aún no se ha dado cuenta de que él es un cobarde sinvergüenza».

Michelle suspiró. Amaba a su hijo, pero le había perdido el respeto hace ya mucho tiempo. Aunque sabía que tenía que aceptar parte de la culpa. Ella lo había criado, después de todo. Tal vez lo había consentido demasiado, o tal vez no lo suficiente. Tal vez necesitó un padre en su vida para guiarlo. Tal vez...

Un golpe la sobresaltó. Levantó la mirada del portavisor, donde había mirado fijamente la ensombrecida cara del hijo con quien apenas había mediado palabra alguna este año. Probablemente uno de los niños del vecindario iba recaudando fondos para una causa, o algún ciudadano quería comprar algunos de los huevos que ponían sus gallinas.

Poniendo el portavisor en la mesa al lado de su silla de lectura preferida, se obligó a ponerse en pie y salió de su habitación, bajando las estrechas escaleras que cruzaban habitualmente, hacía el pequeño vestíbulo de la casa de la granja. No se molestó en mirar quién era, sólo abrió la puerta principal sostenida por ya muy viejas bisagras.

Su corazón se detuvo. El mundo entero parecía desdibujarse.

Michelle dio medio paso hacia atrás, apoyándose en la puerta. —Logan—.

El recuerdo de su nombre la golpeó con la fuerza de una colisión de un asteroide, quedándose de pronto sin aire.

Logan le devolvió la mirada. Logan. Su Logan. Sus ojos la escanearon, era tan robusta y misteriosa como la recordaba, a pesar de que tenía arrugas que no habían estado allí antes. Más de treinta años antes.

—Hola, Michelle—. Su voz era una versión más débil de la que tanto adoraba hace muchos años, pero todavía la llenaba de recuerdos, soledad y calor. —Lamento molestarte de esta manera— dijo, —pero necesito desesperadamente tu ayuda—.

Se había sentido orgullosa y aterrada a la vez cuando fue invitada a dirigir a los diplomáticos Terrestres a una visita a la Luna, por primera vez en generaciones. Fue uno de los cuatro pilotos de la misión, y la más joven por casi diez años. Había sido un honor, aunque la mayoría de la gente a la que le había contado la misión antes de la salida la veían como si estuviera loca por considerarlo siquiera.

—¿La Luna?— preguntaban con incredulidad. —¿Vas a la Luna... por voluntad propia? Pero... te van a *asesinar*. Te lavarán el cerebro y te convertirán en un esclavo terrestre. ¡Nunca volverás!—.

Ella se rio e hizo caso omiso de sus advertencias, confiada en que las historias de terror que rodeaban a los Lunares se basaban en supersticiones sin sentido más que en hechos sólidos. Creía que habría Lunares buenos y malos, tal como había Terrestres buenos y malos. Era imposible que todos fueran monstruos.

Además, sólo era una piloto. No estaría involucrada en cualquiera de las discusiones políticas o reuniones importantes. Ni siquiera sabía cuáles eran los objetivos de la misión. Pasaría un mes disfrutando de los famosos lujos de Artemisia y volvería a casa con un montón de historias por contar. No iba a permitir que algunas absurdas leyendas urbanas le impidieran ser parte de un evento tan histórico.

Le fue concedido libre permiso casi tan pronto como llegaron a Artemisia, y no tardó en descubrir que la blanca ciudad era todo lo que esperaba que fuera y más. Exuberantes jardines y patios llenaban los espacios entre edificios de piedra blanca. Árboles mucho más altos que las impresionantes mansiones, algunos casi alcanzaban al recinto en forma de cúpula que cubría la ciudad. La música sonaba en cada callejón, no había copa que no tuviera vino, y todos los que encontraba parecían despreocupados y llenos de risas. De alguna manera, todos sabían que era terrestre sin que tuviera que mencionarlo, y parecía que cada rico comerciante y aristócrata en la ciudad tenían como obligación personal mostrarle el momento más grandioso que pudiera imaginar.

No fue sino hasta el cuarto día desde su llegada cuando estaba en la plaza central de la ciudad, bailando alrededor de un enorme reloj de sol con un hombre muy apuesto, cuando dio un paso muy cerca del borde y tropezó. Ella gritó de dolor, sabiendo al instante que su tobillo se había torcido. Su pareja de baile llamó a un artilugio de levitación magnética similar a una camilla y la llevó a la clínica médica más cercana.

Allí fue donde conoció a Logan.

Era médico, unos años mayor que ella, y Michelle supo al instante que era diferente de los otros Lunares que había conocido. Él era más juicioso. Sus ojos eran más reflexivos. Pero más que eso, él era... *imperfecto*. Ella lo observó mientras estudiaba su tobillo. Complexión promedio. Desordenado cabello castaño claro. Tenía un lunar en la mejilla y la boca le caía por un lado, incluso cuando sonreía. Todavía era de buen aspecto, al menos para los estándares de la Tierra, pero en la Luna...

Sólo cuando se le ocurrió que no estaba usando un glamour se dio cuenta de que todo el mundo que había conocido había sido falso.

Le ofreció dejarla descansar en un tanque de suspensión, pero ella negó con la cabeza. —Va a sanar más rápido— dijo, confundido por su negativa.

—No me gusta estar confinada a espacios pequeños— respondió ella.

—Entonces debe odiar estar atrapada aquí en este biodomo—. Logan no insistió mientras empezaba a envolver su tobillo a la antigua usanza. En los próximos años, cuando pensara en Logan, recordaría sus manos suaves y lo hábil que habían trabajado.

—Es tan hermoso aquí— dijo. —Difícilmente me sentiría atrapada en lo absoluto—.

—Oh, sí. Es una prisión muy bonita la que hemos construido—.

Era la primera vez que escucha a un lunar hablar con desagrado de la Luna. —¿Considera su hogar como una prisión?—.

Levantó la mirada, encontrándola con la de ella. Se quedó en silencio durante mucho, mucho tiempo. En lugar de responder a su pregunta, finalmente le preguntó en un susurro —¿Es verdad que el cielo en la Tierra es el color de las alas de un pájaro azul?—.

Después de ese día, Michelle ya no tenía ojos para los aristócratas y sus ropas llamativas (especialmente después que Logan le dijo que el hombre con el que había estado bailando con el reloj de sol era tan viejo que podía ser su abuelo). Ella y Logan pasaron cada momento juntos posible durante su estancia en la Luna. Los dos sabían que era un asunto temporal. Había una cuenta regresiva para su retorno a la Tierra, y nunca abrigó esperanza de que él pudiera volver con ella a casa. Las normas contra la emigración Lunar eran estrictas, a la Luna no le gustaba que sus ciudadanos se fueran, y a la Tierra no le agradaba que vinieran.

Tal vez su romance fue más intenso por su brevedad. Hablaron de todo, política, paz, la Tierra, la Luna, las constelaciones, historia, mitología y rimas infantiles. Logan le dijo terribles rumores de cómo trataba la Corona Lunar a los ciudadanos empobrecidos de los sectores exteriores, arruinando para siempre el brillante encanto que Artemisa le dio en su primera impresión. Michelle le contó su sueño de retirarse algún día de las fuerzas armadas y comprar una pequeña granja. Él le mostró el mejor lugar de la ciudad para ver la Vía Láctea, y hubo una lluvia de estrellas en la noche en que hicieron el amor por primera vez.

Cuando llegó la hora de irse, no hubo regalos de despedida. No hubo lágrimas ni despedidas. Él la besó por última vez, ella subió a bordo de la nave para volver a la Tierra y esa fue la última vez que había visto al Dr. Logan Tanner.

Cuando se dio cuenta de su embarazo casi dos meses más tarde, ni siquiera le pasó por la cabeza encontrar una manera de informarle sobre su hijo. Estaba segura de que no habría importado de todos modos.

—Nos dijeron de su muerte, hace meses— dijo Michelle, presionando su palma de la mano contra la tapa de vidrio del tanque de animación suspendida que había escondido debajo de una pila de viejas mantas para caballos en la parte posterior de un levitador alquilado. Trataba evitar que se agitara demasiado. Ella no era de las que se perturbaba fácilmente, pero nunca había estado tan cerca de algo tan triste y horrible. A juzgar por el tamaño del cuerpo, la niña tenía sólo tres o cuatro años de edad. Parecía más a un cadáver, desfigurado y cubierto de marcas de quemaduras. Era increíble que estuviera viva a estas alturas. —Ha habido rumores... teorías de conspiración que especulan que pudo haber sobrevivido y Levana está tratando de ocultarlo. Pero yo no les creo—.

—Bien— dijo Logan. —Queremos que la gente crea que está muerta, especialmente la reina. Es la única manera de que permanezca a salvo—.

—Princesa Selene— susurró Michelle. No parecía real. Nada de esto parecía real. Logan estaba en la Tierra. La princesa Selene estaba viva. Él la había traído *aquí*.

—¿Fue a causa de un incendio?—

—Sí. Ocurrió en la enfermería. Levana asegura que fue un accidente, pero... creo que fue planeado. Creo que Levana quería asesinarla para poder tener el trono para ella—.

Michelle sacudió la cabeza en disgusto. —¿Estás seguro?—

Sus oscuros ojos miraron a la pequeña princesa encapsulada tras el cristal. — Los fósforos y las velas son raras en la Luna. Bajo los domos, cualquier tipo de contaminación atmosférica es una preocupación que nos tomamos muy en serio. No veo cómo o por qué la niñera tendría una, o por qué la encendería en pleno día, en una casa de juegos para niños—. Suspiró y miró a Michelle a los ojos. —Además, había una compañera mía. La Dra. Eliot. Ella fue la primera doctora que examinó a la princesa, y la que declaró que había muerto, y se encargó de que su cuerpo fuera transportado fuera del palacio. Su rapidez de pensamiento logró salvar la vida de la princesa— bajó la mirada. —Hace dos semanas, fue acusada de traición a la Corona, aunque los detalles de su crimen nunca fueron revelados. Creo que fue torturada para sacar información y después asesinada. Fue entonces cuando supe que debía huir. Que Selene debía huir—.

—¿Quién más sabe?—

—No... no estoy seguro. Hay otro hombre, Sage Darnel, que trabajaba en bioingeniería. Empezaba a tratarme de manera sospechosa antes de que me fuera. Me preguntaba cosas que se acercaban mucho a la verdad, pero... no sé si se había imaginado algo, o solo estaba tratando de adivinar. O quizá, estoy siendo paranoico—

—Si él sabe, ¿sería...? ¿Es un aliado, o...?—

Logan sacudió la cabeza. —No lo sé. Estamos tan enredados en los juegos mentales en Artemisia, que nunca puedo decir con certeza quién está feliz bajo el régimen de Levana o quién la odia tanto como yo—. Dejó escapar un suspiro de frustración. —No hay nada que pueda hacer al respecto ahora. Sin duda, el hecho de que desapareciera les pareció sospechoso, pero no podía quedarme ahí. *Ella* no podía

quedarse ahí—. El tanque hizo un pequeño ruido de gluglú, como si estuviera de acuerdo con él.

—¿Qué tal si vienen a buscarte?— El corazón de Michelle empezaba a repiquetear. Empezaba a sentir la seriedad del asunto sobre sus hombros. La reina Levana era la mujer más poderosa en toda la galaxia. Si las teorías de Logan eran ciertas, no se iba a detener hasta encontrar a la princesa. Y cualquiera que ayudara a la princesa se encontraría en un gran peligro.

—No creo que puedan rastrearme hasta aquí— dijo Logan, aunque su expresión mostraba cierta duda. —He cambiado de naves y levitadores seis veces desde que llegué a la Tierra y manipulé a todos los que he visto para que no fueran capaces de reconocerme—.

—Pero, ¿qué hay de nuestra... —no se atrevió a usar la palabra *relación*—... trato? No fuimos discretos con eso antes—.

—Fue hace mucho tiempo, y esas cosas pasan con mucha frecuencia en la Luna. Dudo que alguien nos haya prestado atención alguna—.

Cosas. Dijo la palabra con tanta despreocupación, y Michelle se sorprendió del atisbo de dolor que le hizo sentir.

La expresión de Logan se suavizó. Se veía exhausto y desvaído, pero aún le seguía pareciendo atractivo. Quizá incluso más atractivo que cuando eran jóvenes. —Tú eres la única persona en la que confío, Michelle. No sé a dónde más llevarla—.

Era lo que debía decirse. Su dolor se disipó. Suspiró profundamente y bajó la mirada para ver a la niña de nuevo. —Mi casa es pequeña —dijo. —No podría ocultarla si...—

Vaciló. La casa había sido construida en la Segunda Era. Había sobrevivido a la Cuarta Guerra Mundial. Tragó saliva con dificultad.

—El refugio antibombas —dijo. —Hay un refugio antibombas bajo el hangar, alimentado con un generador y todo—.

Logan se puso a pensar, presionando sus labios hasta que se pusieron blancos. Su rostro mostraba un rastro de pesar, pero también de esperanza. Se tomó un momento, pero finalmente asintió. —Entiendes el peligro en el que estarás si la ocultas aquí, ¿verdad? Ella es la persona más importante en el planeta—.

Por alguna razón, Michelle se puso a pensar en Scarlet, su nieta, con ese comentario. Sólo le llevaba un par de años a la princesa.

Scarlet... la nieta de Logan.

Abrió la boca, pero la cerró sin decir nada.

—Lo lamento— dijo Logan, malinterpretando su duda. —Lamento haberte pedido esto—.

—¿Qué vas a hacer?— le preguntó.

—Te ayudaré hasta que la princesa se estabilice y estés segura de que puedes cuidarla. Entonces me ocultaré hasta... hasta que sea suficientemente mayor para removerla de la animación suspendida.

Michelle quería preguntarle dónde se ocultaría, y cómo y cuándo regresaría. Pero ella no comentó nada de eso. Su instinto le decía que era mejor no saberlo. Que era *más seguro* no saberlo.

—¿Y qué pasará una vez que despierte de la animación suspendida?—

Su mirada se volvió distante, como si tratara de mirar el futuro. Tratando de imaginar la mujer en la que se podría convertir esta niña.

—Entonces le diré la verdad— dijo— y le ayudaré a reclamar el trono—.

Aunque Scarlet había tomado el tren maglev de París a Toulouse una docena de veces antes, había subestimado lo diferente que sería viajar sola. Sintió un fuerte nudo en el estómago desde el momento que abordó el tren. No tenía mucho dinero para el pasaje, así que era el vagón más barato y los asientos eran incómodos, sobre todo para un viaje largo. Temía la idea de que alguien se sentara a su lado y le preguntara a dónde iba, dónde estaban sus padres y si necesitaba ayuda. Ya tenía un discurso ensayado en caso de que eso ocurriera. Iba a visitar a su abuela, ella la recogería en la estación. Claro que sus padres sabían dónde estaba. Claro que la esperaban en Toulouse.

Pero claro, no era así en absoluto.

El tren entró en una nueva estación, Scarlet puso su mochila a su lado y trató de parecer lo más malhumorada posible conforme los pasajeros abordaban. Intentó con todas sus fuerzas mandar el mensaje «déjeme en paz».

Funcionó. Nadie se sentó junto a ella y dejó escapar un suspiro de alivio cuando sintió que el tren comenzó a avanzar sobre sus rieles otra vez.

Abriendo uno de los bolsillos de su mochila, sacó su portavisor y se puso un par de audífonos inalámbricos. Quizá un poco de música le ayudaría a olvidar un poco lo que estaba haciendo.

Había dejado Paris. No iba a volver nunca. Iba a irse a vivir con su abuela y nadie iba a detenerla.

Se preguntaba si su padre ya se habría dado cuenta de que se había ido. Seguramente no. Seguramente aún seguía borracho e inconsciente.

Cerró los ojos y trató de relajarse conforme la música seguía sonando, pero no tenía caso. Permanecía hipervigilante a los movimientos del tren, las charlas de los pasajeros, los anuncios de las siguientes escalas. Esperaba en cualquier momento una notificación en su portavisor, un mensaje de su padre exigiendo saber dónde estaba. O un mensaje lleno de nervios y preocupación, suplicándole que volviera a casa. O incluso una alerta de la policía sobre una niña extraviada.

Escuchó el álbum entero y ninguna notificación llegó.

Vio ir y venir a las ciudades, los campos y las viñas desaparecían tras las colinas, el sol se escondía por el horizonte, y ninguna notificación llegó.

El vagón se llenaba más conforme pasaba el tiempo. Un hombre en traje terminó por sentarse a su lado, y pudo sentir su cuerpo tensarse, pero el sujeto no intentó sacar conversación ni preguntó nada. Se la pasó leyendo noticias en su portavisor y eventualmente se durmió, pero Scarlet había escuchado suficientes historias de ladrones y robachicos como para atreverse a bajar la guardia.

El álbum comenzó de nuevo. El tablón de noticias al frente del vagón anunció que la siguiente parada era Toulouse, y un nuevo nudo de nervios apareció en su estómago. Tenía que despertar al hombre para pasar, y él se sorprendió y dijo algo de que se le pasó su parada de nuevo. El hombre rio. Scarlet pasó a su lado con cuidado sin cruzar miradas, agarrando las correas de su mochila.

—Oye, niña—.

Bajo las escaleras de la plataforma aferrándose la barandilla. —iNiña!—

Aceleró el paso, el pánico y la adrenalina corrían por sus venas. Buscó a su alrededor por alguien que la ayudara de ser necesario. Algún policía o un androide o...

—iNiña, espera!— Sintió una mano que la aferró del hombro, y Scarlet se dio la vuelta, lista para gritar.

Era el hombre de traje. —Dejaste esto en tu asiento— dijo, sosteniendo una botella de agua.

Su pulso se relajó de inmediato, tomó la botella sin decir «gracias». Dándose la vuelta, trotó por la plataforma y las escaleras mecánicas. Se sentía avergonzada de su exagerada reacción, pero aún seguía amedrentada. Estaba sola y nadie sabía dónde se encontraba, o que incluso seguía extraviada. Dudaba que se sintiera segura hasta que llegara a la casa de su abuela, e incluso entonces tendría que convencer a su Grand-mère de que la dejara quedarse.

Encontró un taxi levitador libre y subió de inmediato, dándole la dirección de su abuela. La pantalla le pidió que autorizara el costo del traslado, y el precio hizo que le doliera el estómago. Prácticamente se acabaría sus ahorros.

Tragando saliva con dificultad, escaneó su muñeca y autorizó el pago.

Michelle había cuidado a la princesa por casi dos años, y los cuidados regulares se habían vuelto rutinarios. Sólo otra tarea de su lista diaria. Alimentar a los animales. Recoger los huevos. Ordeñar la vaca. Revisar los diagnósticos de la princesa y ajustar los fluidos del tanque según necesitara.

La niña seguía creciendo. Tendría cinco años de edad ahora... no, *tenía* cinco años de edad, se recordó Michelle. A pesar de todos esos meses era difícil no ver a la chica como un cadáver que permanecía oculta bajo el hangar.

No era un cadáver, pero tampoco estaba exactamente viva, tampoco. Las máquinas hacían todo por ella. Respirar. Bombear sangre. Enviar señales eléctricas a su cerebro. Logan le había dicho que era importante mantener su cerebro estimulado para que cuando despertara, no tuviera la misma mente de tres años de edad. Aparentemente se le impartía conocimiento e incluso experiencias de vida mientras reposaba ahí, inmóvil. Michelle no entendía cómo funcionaba. No podía imaginar que esta niña durmiera una vida entera y después se esperara que llegara a ser una reina en cuanto volviera a la sociedad.

Pero eso sería trabajo de Logan, cuando fuera que regresara. Pasarían años antes de que alguien supiera en lo que se convertiría esta niña.

Michelle terminó de registrar los signos vitales de Selene y apagó las luces alimentadas por el generador. El refugio antibombas, que había sido convertido en

un improvisado cuarto de hospital y laboratorio científico, permanecía iluminado por la pálida luz azul del tanque de suspensión. Michelle puso su portavisor en su cinturón y subió las escaleras que conducían al hangar. Tomó una de las cajas de almacenaje que puso entre el hangar y el granero, una excusa útil en caso de quizá alguien la viera ir y venir. El refugio antibombas y su ocupante eran un secreto, uno peligroso, y no podía permitirse perder precauciones alguna vez.

Seguía teniendo eso en mente cuando se detuvo en seco en el camino de grava al ver el taxi levitador esperando. No esperaba visitas. Nunca tenía visitas que esperar.

Enderezó la espalda y tomó la caja con más fuerza. Los guijarros crujían bajo sus pies. Miró por la ventana del levitador cuando pasó, pero estaba vacío, y no había nadie esperando en el pórtico tampoco.

Bajando la caja, Michelle tomó la única arma que tenía a la mano, unas tijeras de jardinería oxidadas, y abrió la puerta principal de un golpe. Se congeló.

Scarlet permanecía sentada en las escaleras del vestíbulo, con una mochila bajo sus piernas. La arropaba la misma chaqueta de lana que Michelle había visto en las fotos del Louvre, solo que ahora las costuras de los hombros se habían deshilachado y se veía dos tallas más chicas de lo que necesitaba una niña en desarrollo.

—¿Scarlet?— susurró, dejando las tijeras en la mesa del vestíbulo. —¿Qué haces aquí?—

Las mejillas de Scarlet se enrojecieron, sobresaltando aún más sus pecas. Parecía como si estuviera al borde de las lágrimas, pero no lloró. —Vine a vivir contigo—.

—¡Es solo otro de sus berrinches por atención!— bufó Luc. Su nariz y sus mejillas se tiñeron de rojo, apenas arrastraba las palabras. Estaba en el exterior, y Michelle podía ver su aliento condensarse en el aire nocturno. —Simplemente regrésala al tren y deja que se las arregle sola—.

—Tiene siete años— dijo Michelle, consciente de lo delgadas que eran las paredes. Sin duda, Scarlet podía escuchar la alterada voz de su padre, incluso escaleras abajo. —Es un milagro que haya llegado sana y salva, logrando todo ella misma—.

—¿Y qué esperas que yo haga? ¿Qué vuele allá y la recoja? Tengo que trabajar mañana. *Acabo* de conseguir este empleo y...—

—Es tu *hija*— dijo Michelle. —Espero que seas un buen padre y que te preocupes por ella—.

Luc resopló. —¿Me estás sermoneando que debo ser un buen padre? Qué ironía, mamá—.

El comentario la golpeó justo en las costillas. Michelle se puso rígida. El nudo en su estómago era tan tenso que amenazaba con constreñirla.

Era el error que más lamentaba, el no estar para su hijo cuando era pequeño. Había sido una madre soltera tratando de equilibrar un hijo recién nacido con una carrera militar, una carrera completamente llena de potencial. Hacía ya tiempo se

había dado cuenta de lo mucho que fallado en equilibrar todo. Si pudiera hacer las cosas diferentes...

Pero no podía. Y aunque los defectos de Luc eran en parte su culpa, no iba a permitir que la misma negligencia le afectara a su querida Scarlet.

Alejó la mirada del portavisor. —Puede quedarse esta noche, claro. No la voy a enviar de vuelta en tren ella sola—.

Luc bufó. —Bien. Ya veré que hacer con ella mañana—.

Michelle cerró los ojos fuertemente. Se imaginó la puerta secreta del refugio antibombas. La chica media viva en el burbujeante tanque azul. Se imaginó una mujer anónima... *la Dra Eliot*, siendo torturada por información de qué le había pasado a la princesa Selene.

Tragó saliva.

—Tal vez debería quedarse aquí— dijo, forzándose a abrir los ojos de nuevo. Su mente ya se había organizado totalmente cuando volvió a ver la pantalla. —Quizá debería cuidar de ella, al menos hasta... hasta que puedas recuperarte— Aunque ella misma lo había dicho, no estaba segura de que pasara alguna vez.

Scarlet se merecía más. Más que una madre ausente y un padre descuidado. Se merecía más de lo que su padre le había dado.

—Hablaremos de esto en la mañana— dijo Luc. Aun sonaba enojado, pero había cierto atisbo de alivio en su voz. Michelle sabía que no iba a discutir esto con ella.

Desconectó el enlace de llamada y dejó el portavisor en la cama antes bajar las escaleras.

Scarlet permanecía en el comedor, frente a un tazón de vainas de guisantes, los primeros de la temporada. Tenía una pila de cáscaras vacías a su lado y tenía una abierta en sus dedos.

Masticó uno de los guisantes cuando Michelle entró. Lo masticó rápidamente.

Fingía estar despreocupada, una fachada que Michelle reconoció de inmediato. Era una expresión que ella misma usaba con más frecuencia de la que le gustaba admitir.

—Puedes quedarte aquí— dijo Michelle.

Dejó de masticar. —¿Para siempre?—.

Michelle se sentó frente a Scarlet. —Quizá. Tu padre y yo tendremos que discutirlo, pero... de momento, puedes quedarte conmigo—.

Una sonrisa (la primera que había visto desde que había llegado) apareció en su rostro, pero Michelle levantó una mano. —Escucha con atención, Scarlet. Esta es una granja, y hay un montón de trabajo por hacer aquí. Me estoy volviendo vieja, como sabes, y espero que me ayudes—.

Scarlet asintió enérgicamente.

—Y no me refiero solamente a las cosas divertidas, como recoger huevos. Hay estiércol por palear y cercas por pintar... Esta no es una vida fácil—.

—No me importa— dijo Scarlet, todavía emocionada. —Quiero estar aquí. Quiero estar contigo—.

—*Feliz cumpleaños, querida Scarlet*— cantó su abuela, poniendo el pastel de limón en la mesa. Once velas encendidas lucían radiantes sobre el glaseado blanco. —*Feliz cumpleaños a ti*—.

Scarlet cerró los ojos un segundo para pensar. Había esperado este momento todo el día. Bueno, más que nada esperaba el delicioso pastel de limón que su abuela le hacía cada cumpleaños desde que se había ido a vivir con ella, pero pedir un deseo también era especial.

No era supersticiosa, pero le encantaba la emoción de las posibilidades que venían de pedir deseos.

Deseo...

¿Que no perdieran más pollos de cualquiera que fuera el depredador que se las llevó del gallinero la semana pasada? ¿Que su padre no olvidara su cumpleaños de nuevo, como había ocurrido el año anterior, y el anterior a ese? ¿Que Padgett Dubois dejara de burlarse de sus pecas, o que Gil Lambert se fijara en ella uno de estos días en la escuela?

No. Ninguno de esos era suficientemente bueno.

Sabía que era demasiado pedir, pero...

Deseo que Grand-mère me enseñe a pilotear

Abriendo los ojos, se inclinó hacia adelante y apagó las velas de un solo soplo. Grand-mère aplaudió. —Muy bien. Heredaste mis fuertes pulmones, ¿sabes?—. Guiñó un ojo y puso dos regalos sobre la mesa. —Adelante, ábrelos mientras sirvo el pastel—.

—Gracias, Grand-mère—. Se acercó el regalo más grande. Era más pesado de lo que esperaba, y se tomó su tiempo para desatar el listón y desenvolverlo de la vieja funda de almohada en el que había sido puesto.

Scarlet abrió la caja. Observó. Levantó una ceja.

Miró a su abuela, quien lamía el glaseado de las velas que quitaba. No sabía decir si su «regalo» era una broma. Claro, su abuela era excéntrica, pero...

—¿Una... pistola?—.

—Una Leo 1272 TCP 380 personal— dijo su abuela, tomando un afilado cuchillo y cortando el pastel. Después tomó una rebanada del pastel y la puso en el plato de Scarlet. Puso el plato en la mesa con un tenedor, las capas de pastel amarillo y crema de mantequilla blanca eran tan perfectas como cualquier postre de pastelería que hubiera visto.

Las habilidades en la cocina de su abuela no eran lo suficientemente famosas de lo que debían ser. Por lo general, cuando la gente hablaba de Michelle Benoit, se burlaban como la mujer medio loca que siempre rechazaba ayuda para llevar la granja. Que había corrido de su propiedad a trabajadores desempleados con un arma. Que cantaba cuando cultivaba y aseguraba que eso hacía que los vegetales fueran más dulces.

Scarlet amaba a su abuela por sus particularidades, pero hasta a ella se le hacía un poco desconcertante recibir un arma, mucho menos un arma letal, en su onceavo cumpleaños. Claro, había usado una pistola antes para ahuyentar lobos salvajes o jugar tiro al plato cuando estaba aburrida. ¿Pero un arma personal? Esa no era para cazar. Era... por protección.

—No muestres tanta decepción— dijo Grand-merè con una risa, cortando una rebanada de pastel para ella. —Es un modelo excelente. Justo como la que llevé yo por años. Te enseñaré cómo cargarla y vaciarla cuando terminemos de comer. Una vez que te acostumbres a llevarla, te darás cuenta de que no querrás estar sin ella jamás—.

Scarlet se pasó la lengua por los labios e hizo la caja a un lado con el arma aun dentro. Dudaba querer tocarla. Ni siquiera estaba segura de que fuera legal que una chica de su edad llevara una pistola. —Pero... ¿por qué? Digo, es un poco...—.

—¿Heterodoxo?— Grand-merè rio entre dientes. —¿Qué esperabas? ¿Una muñequita?—.

Scarlet le hizo una mueca. —Un par de tenis nuevo habría estado bien—.

Su abuela se quitó un trozo de pastel de entre sus dientes con el tenedor. Aunque aún sonreía, su mirada mostró una pesada seriedad cuando dejó el tenedor y acercó para sacar el arma de la caja. Sus movimientos eran seguros, controlados. Parecía como si hubiera tomado mil armas en su vida, y tal vez lo había hecho.

—No te preocupes, Scar— dijo, sin mirarla. —Te enseñaré a usarla, aunque espero que nunca tengas que hacerlo— encogió ligeramente los hombros y dejó el arma en la mesa entre ellas, con el cañón apuntando hacia la ventana de la cocina. —Sólo quiero que aprendas a defenderte por tu cuenta. Después de todo, nunca se sabe cuándo querrá llevarte un desconocido a un lugar donde tú no quieres—.

Sus palabras sonaban como un presentimiento, y Scarlet se dio cuenta de que tenía la piel de gallina en los brazos cuando miró el arma. —Ehm... ¿gracias? — dijo, con incertidumbre.

Su abuela tragó otro bocado de pastel y apuntó a la segunda caja con el tenedor. —Abre tu otro regalo—.

Scarlet dudaba más con este. El regalo era tan pequeño que le cabía en la palma de la mano y había sido envuelto en un paño de cocina limpio. Tal vez eran dardos envenenados, pensó. O un táser. O...

Quitó la cubierta de la caja.

En una pila de papel tisú, se encontraba la medalla de piloto de su abuela, una estrella con una gema amarilla en su centro, con unas alas chapadas en oro extendiéndose hacia ambos lados. Scarlet la tomó en la palma de su mano y levantó la mirada.

—Me la dieron el día que me nombraron piloto— dijo su abuela, sonriendo al recordar. —Y ahora, quiero que la conserves—.

Scarlet cerró sus dedos sobre la medalla. —Gracias—.

—De nada. Espero que te cuide al volar tanto como me cuidó a mí—. Su corazón comenzó a latir. Casi no se atrevió a preguntar.

—¿Al volar?—

Las mejillas de su abuela mostraron dos hoyuelos mientras sostenía una pícaro mirada. —Mañana en la mañana, comenzaré a enseñarte a pilotear la cápsula—.

—El mantillo protegerá el jardín en el invierno— dijo Michelle, acumulando una capa de paja sobre el jardín cortado. Tallos huecos y hojas marchitas aun sobresalían de la tierra, meros restos de las coloridas dalias y lirios que habían florecido durante el verano. —Asegúrate de que quede grueso, como una pesada colcha de invierno—.

—Lo sé— dijo Scarlet. Había trepado la cerca de madera, con ambas manos en la barbilla. —Sé lo que es el mantillo. Hacemos esto cada año—.

Michelle hizo una mueca. Se enderezó y extendió el rastrillo hacia su nieta. —Si eres tan experta, tal vez puedas terminar el trabajo—.

Poniendo pícaramente los ojos en blanco, un gesto que Michelle había visto en todas las chicas de trece años de edad, Scarlet saltó de la cerca y tomó el rastrillo. La paja crujía y crepitaba bajo los gastados tenis deportivos de Scarlet. Michelle dio un paso atrás para observar y, complacida en ver que efectivamente parecía que sabía lo que hacía, tomó la horquilla de la inquieta pila de paja y empezó a trabajar la pila de composta.

El silencioso zumbido de un levitador acercándose hizo saltar el corazón de Michelle, una reacción que se había vuelto común los pasados ocho años. Su granja se encontraba situada en un camino rural poco transitado, con sólo dos vecinos más en la ruta, y solían usar cápsulas como ella, incluso para viajes cortos en la ciudad. Los levitadores eran raros, y su paranoia se había vuelto más intensa con cada semana y mes que pasaba. Quizá debió haberse relajado hace años, al ver que nadie había venido preguntando por Logan, al ver que nadie había descubierto su relación con los lunares o lo que sabía sobre la princesa perdida. Obviamente, después de todo ese tiempo, nadie sospechaba que estaba involucrada, de hecho, la gran mayoría creía que la princesa había fallecido, justo como se había anunciado hace años, y que los rumores sobre su muerte fingida no eran más que chismes inventados, especialmente cuando una eventual guerra entre la Tierra y la Luna parecía cada vez más inevitable.

Nada de eso la relajó, a pesar de todo. Por el contrario, con cada día que pasaba sin recibir un castigo por su decisión de albergar a Selene, más segura se sentía de que algún día, *algún día*, su secreto sería descubierto.

—¿Ese es un levitador?— preguntó Scarlet, apoyándose en el rastrillo y entrecerrando los ojos hacia el punto negro que se movía en la colina más lejana.

—Seguramente es otro odioso vendedor de escoltadroides— dijo Michelle. Hizo un gesto hacia la casa con la cabeza. —Ve adentro, Scarlet—.

Scarlet frunció el ceño. —Si sólo es un vendedor, ¿por qué tengo que ir adentro?—.

Michelle puso una mano en su cadera. —¿Siempre tienes que discutir lo que te digo? Sólo entra—.

Poniendo los ojos en blanco de nuevo, Scarlet dejó el rastrillo sobre el jardín a medio cubrir y entró a la casa con pisotones.

Michelle no soltó la horquilla mientras el levitador se acercaba. Por un instante, pensó que pasaría de largo y llegaría con los vecinos, pero en el último momento frenó y dio vuelta en el camino de su granja. Michelle no era ni remotamente una experta en levitadores, pero supo que este era un modelo viejo. Antiguo, pero bien mantenido. Sus ventanas destellaban bajo el sol otoñal conforme se acercaba.

Miró hacia atrás solo una vez, cuando escuchó que la puerta se cerraba, entonces encaró al recién llegado, sosteniendo la horquilla como una jabalina. No tenía reparo alguno en ser tachada de loca. No tenía miedo de amenazar a un procurador, o un ciudadano desventurado que se hubiera perdido en los caminos rurales. No le importaba su reputación siempre y cuando mantuviera alejados a los curiosos de su propiedad.

Sin embargo, no fue un desconocido quien abrió la puerta.

Apenas había cambiado desde que la ayudó a preparar el refugio antibombas para resguardar a Selene. Las mismas arrugas, el mismo cabello canoso.

No fue sino hasta que intercambiaron miradas cuando se vio forzada a reconsiderar una modificación.

Quizá había cambiado, después de todo. Había algo en sus ojos. Alguna clase de pánico que dejaba ver aún más ansiedad que la de hace años. Una nostálgica mirada, con un sutil tic en una de las cejas.

Abrió la boca para hablar, pero Michelle lo interrumpió rápidamente, gritando. —¡Sea lo que sea que vendas, no nos interesa!—.

Logan dudó, todavía boquiabierto. Le tomó un largo, largo tiempo responder a su inesperada reacción. Esto, también, era un cambio. Siempre había sido muy presto antes, muy perspicaz, muy astuto.

—L... Lamento molestarle...— balbuceó. Sus ojos se desviaron de Michelle para ver la ventana de la casa, y ella misma giró su mirada por un momento. Tal como esperaba, Scarlet observaba. —Necesito su ayuda— dijo, recuperando el habla. —Creo... que me perdí—.

Michelle bajo los dientes de la horquilla al suelo. —¿Le pasa algo malo a su vehículo? Hacía un ruido extraño al arrancar—.

Logan regresó su atención a ella, su expresión se aclaró un poco. —Sí, eso me temo. Por desgracia, soy un completo incompetente cuando se trata de arreglar... cosas—. Hizo un gesto desesperado al hangar.

Aparentando molestia, Michelle se dio la vuelta hacia el hangar. —Suena como anticongelante viejo. Tengo un poco aquí, y puedo dibujarte un mapa de donde sea que estés tratando de llegar—.

No miró atrás, pero podía oír los zapatos de Logan crujiendo en el duro y frío suelo conforme caminaban al hangar. Tampoco miró a Scarlet en la ventana, aunque podía sentir la sospechosa mirada de su nieta siguiéndolos.

Sospechosa, porque así la había criado. Debería haberse sentido culpable por eso, pero la llegada de Logan le recordó la peligrosa situación en la que se encontraba, sin importar el tiempo que hubiera pasado. Mientras que la princesa aun siguiera a su cuidado, Scarlet y ella no estarían completamente seguras.

En cuanto escuchó que la puerta del hangar se cerró, se dio la vuelta para ver a Logan. —¿Qué pasa?—

La cara de Logan tenía ese sentido de nerviosismo de nuevo. —Lo siento. No sabía que estarías... no sabía que tendrías...— Dudaba cómo referirse a Scarlet, pero Michelle no dijo nada. Decirle que tenía una nieta sería casi decirle que él tenía una nieta, y hace años había decidido que era mejor... no, que era más seguro para todos que nunca lo supiera.

—¿Qué haces aquí? — dijo en su lugar, recargando la horquilla en una fila de gabinetes que se descamaban por la pintura vieja. —Dijiste que no volverías hasta que la niña tuviera al menos quince años de edad. No te esperaba en años—.

—Lo sé. Pero no podemos esperar... no puedo esperar más. Debemos completar sus operaciones. Debemos despertarla, pronto, antes de que sea tarde—.

Michelle frunció el ceño. Cuando le trajo la princesa a resguardo, había explicado con lujo de detalles qué pasaría cuando fuera mayor. Cuando su cuerpo hubiera crecido casi por completo, le proporcionarían las características físicas necesarias para que caminara, respirara, hablara y fuera la reina que la Luna necesitaba. Le tomó un tiempo entender que se refería a convertir a la princesa en una ciborg, que en cierto sentido parecería un absurdo, pero ya hace mucho tiempo llegó a comprender que era la única forma. Aunque no sería la primera en ser juzgada por ser ciborg. Solamente era otro grupo incomprendido, como muchos otros.

Aun así, Logan siempre insistió en que la operación ciborg fuera llevada a cabo cuando la niña fuera mayor. Otorgar extremidades robóticas como las que requería a un cuerpo tan inmaduro como el suyo, la volvería torpe e ineficiente, y quizá incompatible incluso con su tejido en desarrollo a largo plazo.

—¿Por qué?— dijo finalmente. —Todavía es muy joven. ¿Por qué despertarla ahora?—

Logan agachó la mirada y se recargó en la cápsula que solía usar para entregas locales. —Tengo la enfermedad lunar—. Su voz se quebró. Sonaba como una confesión de algún crimen vergonzoso. La expresión de Michelle debió denotar confusión, porque Logan suavizó su mirada. —Estoy enloqueciendo, Michelle. Cuando llegué a la Tierra, podía usar mi don en pequeñas ocasiones, simples ocasiones, para evitar ser detectado. Pero con el paso de los años, incluso pequeñas manipulaciones se empiezan a sentir peligrosas. Tenía miedo de que algún otro lunar estuviera cerca, y reconociera el uso de mi don. O que un terrestre pudiera detectar la manipulación. Incluso si era algo inofensivo, podían saberlo... —. Tragó saliva. Una marcada arruga empezaba a aparecer entre sus cejas. —Así que dejé de hacerlo. No he usado mi don en años, y ahora... estoy pagando el precio ahora. Me está volviendo loco, y ya no creo poder detenerlo, incluso si lo intento. Ocurre demasiado rápido. Más rápido de lo que creí que sería...— Se llevó las manos a la cara y gimió un poco.

Michelle solo observaba. No estaba segura de haber entendido siquiera la mitad de lo que le dijo, pero sólo era una piloto y una granjera. Logan era el lunar, el doctor, el que había dejado atrás su hogar y arriesgó todo para mantener a la niña a salvo. Si él creía que debían despertarla pronto, entonces Michelle no podía discutir nada al respecto.

—¿Estará preparada?— preguntó

Logan dejó caer los brazos. —Debe estarlo—. Abrió la boca para decir algo más, pero se detuvo. Entonces, después de un momento, dijo: —Ella no se quedará contigo

una vez que se estabilice y despierte. Ya te he puesto en peligro demasiado tiempo—

Este era el tema que siempre habían evadido hasta ahora. El *después*. Ya había sido bastante difícil mantenerla a salvo, escondida, segura. Parecía muy lejano y complicado imaginar qué sería de ella una vez que la operación se completara. Pero ahora no tenían otra elección.

Pronto, ya no estaría en un tanque. Sería una niña. Una niña de once años de edad, que sin duda estaría asustada y confusa.

—¿A dónde vas a llevarla?—

—Encontré a un hombre que vive en la Comunidad Oriental, a las afueras de Nueva Pekín. Su nombre es Garan Linh, y es un hombre inteligente con un vasto conocimiento de sistemas andróides e inteligencia artificial, lo que nos será muy útil al darle sus... complementos ciborgs. Pero también es un inventor, y ha creado un maravilloso dispositivo que se acopla al sistema nervioso de una persona. En un terrestre, lo protege de la manipulación del don lunar. Pero en un lunar, asegura que no sea capaz de usar su don en absoluto, mientras que también lo protege de desarrollar las alucinaciones vinculadas a la enfermedad lunar—.

Michelle fruncía el ceño mientras trataba de seguir el hilo de lo que le decía. — Bueno... que bien, entonces. Eso te ayudará, ¿no? Evitará que... eh, ¿te vuelvas loco?—.

—No, no. Yo no tomaré uno. Solamente tiene dos prototipos. Uno debe ser para la princesa, claro. Eventualmente tendrá que enseñársele a usar su don lunar, pero hasta entonces, no podemos arriesgarnos a revelar su identidad. El otro prototipo es para ti—.

—¿Para mí?—

—Sólo en caso...— continuó Logan ante la dura mirada que le dirigió. —En caso de que algo llegara a pasarte. En caso de que algún lunar te encontrara y... tratara de manipularte para hacerte revelar la ubicación de la princesa—. Su quijada se tensó. Había otras formas de sacarle información a una persona. Muchas formas convencionales. Pero Logan deseaba cuidar su mente, al menos, y ya había escuchado antes historias de los métodos creativos de la reina Levana y sus taumaturgos. Agradecía que Logan quisiera protegerla al menos de una forma pequeña. Reconocía su sacrificio, incluso si sabía que él nunca lo admitiría como tal.

—Muy bien— dijo, secándose sus sudadas palmas en los costados de los pantalones. —Has encontrado a ese inventor, y la niña recibirá su dispositivo. ¿Luego qué?—.

—Luego se irá a vivir con él. Ya ha accedido a cuidarla bajo su custodia legal, y tiene dos hijas propias. Encajará bien—.

Inclinó la cabeza. —¿Sabe quién es la niña?—

—Todavía no— Logan suspiró profundamente. —Pero tendré que decírselo. Debe saber la clase de peligro en el que se estaría involucrando él y su familia si accede a cuidarla. Y... y debe saber lo valiosa que es la niña. Trataré de echarle un ojo a la pequeña el tiempo que pueda, pero no estoy seguro de estar lo suficientemente lúcido para decirle la verdad una vez que esté lista. Es posible que esa responsabilidad recaiga en él—.

Sonaba muy cierto. Tan definitivo. Michelle se dio cuenta de lo aterrorizado que estaba Logan de lo que sea que estuviera pasando en su cabeza.

Logan siempre se había enorgullecido de su avispada mente. Que horrible debía ser saber que la estaba perdiendo ahora.

Hizo una mueca de repente. —No voy a aceptar tu compasión, Michelle. Todas mis decisiones han sido responsabilidad mía, y aún estoy convencido de que han sido las correctas—.

—Claro que sí— dijo. —Has cambiado el curso de la historia—.

—Todavía no. Pero algún día, quizá—. Se masajeó las sienes y miró la puerta secreta que llevaba al cuarto de Selene. —¿Cómo está?—

—Casi igual. Se está estirando. Ha crecido como un renacuajo este año—.

Asintió. —Necesitaré al menos una semana para completar sus operaciones. Tendremos que practicarlas en etapas. ¿Puedes estar lista en un mes?—.

Un mes. Después de muchos años de nada, nada y nada, era muy repentino, como un tren magnético disparado directamente a su paso.

—Tendré que mandar a Scarlet lejos— susurró, más que nada para ella misma. —Quizá pueda estar con su padre un tiempo—.

Logan la miró. Michelle le devolvió la mirada y esperó que preguntara. *¿Scarlet? ¿Quién es Scarlet? ¿Quién es su padre? ¿Quién es...?*

En lugar de eso, bajó la mirada, y Michelle no fue capaz de interpretar el gesto. No sabría decir si había adivinado la verdad o no. Estuvieron juntos por un muy corto tiempo, hace ya tanto. No había razón para que sospechara...

Pero Logan siempre había sabido interpretar sus silencios.

No preguntó nada. Solo asintió y dijo: —Le diré a Garan que arregle sus planes de viaje—.

Todo se veía tan penosamente familiar.

La ira de Scarlet se había enfriado un poco durante el viaje en tren magnético de París de vuelta a Toulouse, pero aun sentía un nudo de rabia en el estómago. No quería volver a ver a su horrible padre de nuevo. Se lo había dicho a sí misma tantas veces que cuando huyó de casa la primera vez, cuando tenía siete, pero esta vez hablaba muy en serio. Ese alcohólico, arrogante y cretino idiota ya no existía para ella.

Apenas podía creer que hubiera accedido a quedarse con él por un mes entero. En retrospectiva, su abuela parecía muy optimista cuando le dijo que sería una buena ocasión para tener tiempo de calidad y darle a su padre una oportunidad de ver que se estaba volviendo una fuerte mujer joven y bla, bla, bla... bah. En lugar de eso, todo lo que había hecho desde el momento en que llegó fue dejarla encargada con sus adulatoras «amiguitas» mientras desaparecía por horas, para regresar apestando a coñac. Y cuando realmente *estaba* con ella, se la pasaba criticando sus gustos de ropa, o culpando a Grand-merè de llenarle la cabeza con demasiadas opiniones, o acusando a Scarlet de idolatrar a la «vieja murciélago loca».

Ese comentario fue la gota que derramó el vaso. La última gota *para siempre*.

Después de desahogarse gritando por diez minutos, Scarlet hizo de nuevo su maleta y salió echando chispas del apartamento, azotando placenteramente la puerta tras ella. Se dirigió directo a la estación de trenes. Su padre ni siquiera había tratado de detenerla, y a ella no le importaba.

Había aguantado nueve días.

Creía que ya era una verdadera prueba de resistencia.

Iba a irse a la granja. Con su abuela. A casa.

En cuanto bajó del tren y puso un pie en la plataforma de Toulouse otra vez, el nudo comenzó a disolverse. Respiró profundamente, captando de inmediato el familiar aroma a heno y estiércol que alguna vez le disgustó, pero que se había vuelto algo confortador y casi placentero. Pronto estaría bebiendo una taza de espeso y delicioso chocolate mientras le expresaba todas sus frustraciones a Grand-merè. Pronto estaría acurrucada en sus colchas de invierno favoritas, escuchando el sereno ulular de la lechuza que se había anidado en la granja a principios de ese año.

Esta vez, el viaje en taxi levitador no estuvo lleno de ansiedad. Cada momento que pasaba, conforme se alejaba de París y su inexistente padre, la llenaba de esa tranquila y grata sensación de volver a casa. Cuando el levitador dio vuelta en el estrecho camino y vio la casa que se alzaba entre los ventisqueros, el alivio que sintió casi la abrumó.

Hogar.

Se bajó del levitador antes de que hubiera frenado por completo, corriendo por el camino de grava y abriendo la puerta principal de un tirón. Pero apenas había dado unos pasos más allá de la entrada cuando sintió la silente quietud de la casa.

Se detuvo.

No había retiñidos de ollas en la cocina. No había ningún crujido arriba. No había ningún habitual tarareo. Su abuela no estaba aquí.

—¿Grand-merè?— intentó de todos modos.

—¡Scarlet!—

Se dio la vuelta, con una gran sonrisa apareciendo en su rostro. Su abuela corría a su encuentro por el camino, con el rostro lleno de preocupación.

—Oí arrancar el levitador— dijo jadeante. —¿Qué estás haciendo aquí?—

—Vine a casa antes— dijo Scarlet. —No podía quedarme ahí. Oh, Grand-merè, fue horrible, ¡completamente horrible!—. Se acercó para abrazar a su abuela en los escalones, pero dudó.

El cabello de su abuela lucía desaliñado y despeinado, y las ojeras bajo sus ojos estaban realmente marcadas, como si no hubiera dormido desde que Scarlet se fue.

Y no sonreía.

—¡No puedes estar aquí!— gritó su abuela, y luego se arrepintió de lo estridente que sonó su propia voz.

Scarlet frunció el ceño. —¿Qué?—

—Esto no es... — Su abuela dejó escapar un quejido. No se detuvo cuando alcanzó el último escalón, ni le dio un abrazo o un beso en la mejilla a Scarlet... nada. Después de más de una semana de estar separadas, todo lo que su abuela hizo fue empujarla dentro de la casa.

Scarlet dejó caer su mochila en el suelo estruendosamente. —¿Qué pasa?—

Su abuela se tomó un momento para tranquilizarse, pero todavía fruncía el ceño molesta. —No se supone que volvieras en semanas. ¿No se te ocurrió mandarme una comm para avisarme que ibas a volver antes?—

—Quería darte una sorpresa— vociferó Scarlet. Era fácil volver a hundirse en su furia, después de todo, había estado furiosa toda la semana pasada. —¿Por qué gritas?—.

—¡No estoy...!— Su abuela gruñó, y después cruzó los brazos.

Scarlet cruzó los brazos también, sosteniéndole la mirada. No tardaría mucho antes de que tuvieran la misma estatura.

Después de un momento, su abuela dejó escapar un suspiro de frustración y se masajeó el puente de la nariz. —Bien— dijo. —Bien. No podemos hacer nada al respecto. Pero, ya que estás en casa...—. Su voz cambió, usando un seco y estoico tono. Todavía sonaba molesta, pero Scarlet pudo notar que también sonaba cansada. —No he podido ir a la ciudad esta semana—. Se dio la vuelta y marchó hacia la cocina. —Llamaremos de vuelta al taxi y puedes hacerme unos mandados. Necesito que vayas a la panadería y a la ferretería, que lleves las cortinas a la tintorería y... —.

—¿Disculpa?— dijo Scarlet desde la entrada. Miró a su abuela andando de arriba abajo en la cocina, escribiendo una lista de comestibles. —¿Es en serio? Tuve una horrible y espantosa semana, y ahora me pides que vaya y haga unos estúpidos mandados sin...— Su voz chilló. —¿Sin decir siquiera «bienvenida a casa»?—.

Su abuela se detuvo y volteó a verla. Un destello de culpa apareció en su cara, pero lo alejó y enderezó la espalda. —Si querías una fiesta, debiste haberme avisado que ibas a regresar. Tengo varias cosas por hacer, Scarlet. Tienes que... Necesito que vayas a la ciudad a hacer estas hoy. Después de todo, si tienes la edad para viajar en tren desde Paris tu sola, claramente tienes la edad para hacer unos cuantos mandados—.

—Bien, detendré al levitador— dijo Scarlet, apretando los dientes y limpiándose las lágrimas antes de que pudieran caer. —Sólo envíame la lista cuando la termines, no me gustaría quitarte más tu *valioso* tiempo—. Caminó furiosa de vuelta a la entrada. —Por cierto...— gritó por encima de sus hombros —¡Yo también te extrañé!— Azotó la puerta tan fuerte que sacudió el gablete de la casa, pero esta vez no era para nada satisfactorio hacerlo.

Michelle se moría de la culpa. Scarlet apenas le había dirigido la palabra desde que regresó a casa ayer por la tarde. O quizá Michelle la estaba evadiendo a ella, al no poder decirle por qué estaba tan alterada, al no poder disculparse de una manera significativa. Parecía más fácil guardar silencio. El cohabitar la misma casa tan pequeña e ignorar cada una la presencia de la otra hasta que todo terminara.

Sabía que no era lo correcto. Quería decirle a Scarlet la verdad. Pero, ¿cómo le dices a tu nieta que la enviaste a París por un mes para poder ayudarle a un doctor Lunar a practicar las delicadas operaciones que convertirán a una princesa perdida en una ciborg? ¿Cómo le explicas que hoy vendrá un inventor de la Comunidad Oriental a instalar un dispositivo en tu sistema nervioso y luego adoptará a la niña que había permanecido oculta bajo el hangar los pasados ocho años? ¿Cómo le haces entender que si le dice algo de esto a *cualquiera*, si deja escapar este enorme secreto, podría terminar en ambas siendo cazadas, torturadas y asesinadas?

No, no podía decirle nada a Scarlet. Así que tendría que seguir fingiendo estar molesta con ella por haber vuelto antes, cuando usualmente la habría recibido con los brazos abiertos.

Se sentía enferma del estómago con todo esto.

Ya casi ha terminado, se repitió a sí misma. Pronto, la princesa se iría, y ella y Scarlet estarían a salvo, y podrían seguir con sus vidas como si nada hubiera pasado.

Revisó la hora en su portavisor. Linh Garan llegaría pronto. Si hubiera tenido más tiempo para pensar ayer, habría esperado y enviado a Scarlet a la ciudad con una larga lista de mandados hoy, pero ya era muy tarde para eso.

Subiendo las rechinantes escaleras, tocó en la puerta de la habitación de Scarlet. La escuchó levantarse de la cama antes de que abriera un poco la puerta y le dirigiera una mirada hostil.

Michelle también fingió estar todavía molesta con ella, aunque eso la hiciera sentir despreciable.

Levantando la barbilla, dijo: —Este frío está empeorando mi artritis y no he podido hacer casi ninguna tarea hoy. Necesito que te encargues de ellas. La vaca va a empezar a incomodarse si no la ordeñamos pronto—.

Scarlet abrió la puerta un poco más y frunció el ceño. —¿Desde cuando tienes artritis?—.

Michelle le dirigió una mirada igual de hostil. —Sabes que no me gusta quejarme, Scarlet. No hablo mucho de ella—.

—O nada— replicó.

Michelle suspiró. No quería discutir. —Sé que no te gusta ordeñar a la vaca, pero, ¿puedes hacerlo y ya, por favor?—.

Scarlet dejó caer los brazos. —Podrías simplemente pedírmelo, ¿sabes? Esta también es mi granja. No me he quejado de las tareas en años, pero todavía me tratas como si fuera una mimada chica de ciudad que va a hacer un berrinche cada vez que le piden que haga algo. Todo lo que quiero es pertenecer aquí, y que *me trates* como si perteneciera aquí—.

Los ojos de Michelle empezaron a humedecerse. Trató de responder, pero estaba completamente sin palabras.

Scarlet suspiró y se dio la vuelta, mostrando una ostensible decepción. Michelle no había creído que fuera posible sentirse peor de lo que ya se sentía.

—Tienes razón— susurró finalmente Michelle. Scarlet la miró de nuevo, y Michelle le dirigió una débil sonrisa. —Lo intentaré más—. Se aclaró la garganta. —Entonces, ¿podrías...?—

—Claro que haré las tareas— murmuró Scarlet, mostrando sólo un poco más de calma. —Sólo déjame cambiarme de ropa—.

Tragó saliva, mientras veía a su nieta arreglarse el alborotado cabello en una coleta. Por las estrellas, amaba a esa chica. La chica que se estaba convirtiendo en una mujer joven frente a sus ojos. No podía esperar para poder decírselo. —Gracias— dijo, se dio la vuelta, y se dirigió a las escaleras.

Minutos después, oyó los pasos de Scarlet bajando los escalones. La puerta de atrás crujió y se cerró, aunque no la azotó, tampoco lo hizo con delicadeza.

Tan pronto como puso a hervir una olla de café, escuchó un ligero golpeteo en la puerta del frente. Se tensó. Llegó temprano. Esperaba que Scarlet no hubiera notado su llegada.

Secando sus húmedas manos en un paño de cocina, Michelle fue a abrir la puerta.

—Bonjour— dijo al pelinegro hombre en el pórtico. —Usted debe ser Monsieur Linh—.

Trataba de quitarse el cuello de un pesado abrigo de invierno, y no dejó de hacerlo incluso cuando le estrechó la mano. Aunque mostraba una gran sonrisa. Una grande, emocionada, nerviosa e impresionada sonrisa. —Y usted es Michelle Benoit— dijo. —La cuidadora del secreto más grande de la tercera era. Es un enorme honor conocerla—.

Aún inquieta por la discusión con Scarlet, Michelle no pudo devolver la sonrisa, así sólo se hizo a un lado y se ofreció a tomar su abrigo. —Mi nieta vive conmigo, y me temo que no sabe nada sobre esto, por lo tanto le agradeceré si muestra discreción—.

—Por supuesto. Si no pudiera ser discreto, seguramente de que Logan no hubiera contado conmigo para este asunto tan serio—.

—Confío en que tiene razón. Por favor, pase a la cocina. Mi nieta está afuera haciendo algunas tareas. Contamos con al menos media hora para discutir a la chica y los planes antes de que regrese—.

Las famosas últimas palabras, pensó Michelle, recordando una y otra, y otra vez el desastre que resultó de su encuentro con Garan. Estaba sentada en la orilla de la cama, con una caja en su regazo. Miraba a través de la ventana, observando la luna creciente medio oculta tras las ralas nubes invernales, preguntándose cómo fue que la política y los misterios de un mundo tan lejano habían podido causar un daño tan grande en su vida.

Apenas había dormido. Aunque ella y Scarlet habían tenido sus roces desde que se había mudado aquí, nunca habían tenido una discusión como esta. Nunca se habían sentido tan *graves*. Nunca le habían hecho sentir desespero por hacer lo correcto.

No le había dado suficientes méritos a Scarlet por las tareas. Las completó tan rápido como si las hubiera hecho ella misma, y Michelle todavía seguía hablando con Garan cuando Scarlet entró de vuelta. Cuando se *escabulló* de vuelta. Espió la conversación, y aunque Michelle no estaba completamente segura de lo que había escuchado, era obvio que no se había enterado de nada relacionado con la princesa

Selene. En su lugar, ella malinterpretó la conversación y ahora parecía tener la impresión de que Michelle iba a enviarla lejos. Que Garan iba a *adoptarla*.

Y Michelle no sabía cómo explicárselo de otro modo. No sabía cómo hacerlo correctamente. —Pronto— susurró. Pronto se acabaría todo esto. Pronto encontraría la forma de arreglar las cosas con Scarlet.

Dirigió la mirada hacia la caja en su regazo y abrió las solapas. Una sudadera roja con capucha permanecía prístinamente doblada en su interior, todavía olía a suave algodón nuevo. No era un regalo elegante ni mucho menos, pero sería muy agradable para la primavera una vez que la nieve se derritiera, y a Scarlet le encantaba vestirse de rojo. Lo consideraba un acto de rebeldía, dado su cabello pelirrojo.

Michelle pensaba regalársela una vez que todo este lío pasara. La alarma sonó en su portavisor. Eran las dos de la mañana. Ya era hora.

Metió la caja bajo la cama. Abriendo la puerta de su habitación, se detuvo un momento frente al estrecho pasillo, atenta hasta que pudo escuchar la pesada respiración de Scarlet que venía del otro dormitorio. Se acercó un poco y apoyó su mano en la puerta de madera cerrada.

—Te amo, mi Scarlet— susurró, mientras sus palabras se perdían en el aire nocturno. Luego se dio la vuelta y bajó las escaleras, con cuidado de no pisar el escalón que crujía.

Logan y Garan ya estaban trabajando cuando llegó al cuarto secreto que hospedaba el cuerpo de Selene. En las últimas semanas, la princesa había pasado de la niña mutilada que Michelle cuidaba a una ciborg de blindaje metálico y un complicado sistema operativo instalado en su cerebro. Michelle colaboró como la asistente de Logan, proporcionándole suministros y herramientas, y monitoreando los signos vitales, pero la mayor parte del tiempo trató de desviar la mirada tanto como pudo. Tenía un espíritu fuerte, pero esta transformación era más de lo que podía manejar.

Logan levantó la mirada cuando Michelle alcanzó el piso de concreto. Asintió como saludo. Tanto él como Garan usaban mascarillas, Michelle se tomó una y se la puso antes de acercarse a la mesa de operaciones.

La niña permanecía acostada sobre su costado. Logan sostenía un portavisor médico sobre su cuello, usando un láser para cauterizar la incisión detrás de su cuello. Ya habían terminado de instalar el prototipo de Garan en su espina dorsal. Eso significaba que no les había tomado más de cuarenta minutos hacerlo.

Michelle se alegró de saberlo. Después de todo, ella sería la siguiente. —¿Cómo está?— preguntó, mirando la pierna y mano metálicas.

—Sorprendentemente bien— dijo Logan. —Su cuerpo se adaptó a sus nuevas prótesis y el cableado incluso mejor de lo que esperaba. Confío en que ya hemos pasado la peor parte—. Revisó la incisión, ya casi era imperceptible, aunque dejaría una blanca cicatriz después. —Listo. Regresémosla al tanque—.

Trabajaron juntos para moverla. Aunque todavía tenía una constitución delgada, la nueva pierna añadía un peso considerable a su cuerpo.

—¿La vamos a poner en animación suspendida otra vez?— preguntó Michelle.

—No—. Los ojos de Logan brillaban cuando le dirigió una mirada. —Vamos a despertarla—.

Michelle se puso tensa. —¿Qué? ¿Esta noche? Pensé que todavía faltaba una noche para que estuviera lista—.

—Una semana antes de que esté lista para un viaje tan largo— dijo Logan. Se agachó para conectar una serie de sensores a la cabeza de la niña. Se la había pasado removiendo y volviendo a conectar esos mismos sensores toda la semana, después de cada operación. —Pero empezaremos a despertarla esta noche. Quiero que el proceso sea lento y gradual. Su cuerpo ya ha pasado por demasiados traumas, haré lo mejor que pueda para que sea lo más suave posible—.

—¿Entonces va a estar consciente?— dijo Michelle. —¿La próxima semana?—.

No había esperado esto. No podía mantener encerrada a una niña despierta y consciente en este calabozo, pero tampoco podía meterla a la casa, y...

Logan negó con la cabeza. —Despierta, pero fuertemente sedada. Pasarán un par de días antes de que pueda reconocer sus alrededores, y Garan accedió a permanecer con ella y comenzar a ayudarla a fortalecer su tejido muscular. Si el tanque hace correctamente su trabajo, y el nuevo cableado se sintetiza adecuadamente con su cuerpo, calculo que en una semana será capaz de salir caminando de aquí—.

Caminar. Después de todos estos años, la princesa estaba a punto de caminar, hablar y *despertar*.

Michelle se acercó y miró el rostro de la niña. Su cabello castaño estaba embadurnado del gel que la había rodeado desde que tenía tres años de edad. Su cara se veía demacrada y tenía un aspecto lívido, casi esquelético. Esperaba que Garan le diera una cuantiosa comida cuando la recibiera en su familia.

Sólo era una niña, y tenía tantas esperanzas y expectativas sobre sus hombros. De repente Michelle sintió compasión por ella.

Más que eso, se dio cuenta de que iba a extrañarla, a esa niña que le había causado tantas preocupaciones. Que se había vuelto parte de su vida y su rutina, y que pronto se iría y nunca sabría el nombre de Michelle. Nunca sabría quién la había cuidado por tanto tiempo.

—Muy bien— murmuró Logan. Había conectado un portavisor a un costado del tanque y lo observaba con atención. —Voy a empezar el proceso. Tomará un tiempo, pero pronto veremos signos de vida completamente independientes al equipo médico—.

Un zumbido salió de la base del tanque de suspensión. La niña no se movió. No hubo ni una respiración, ni siquiera un parpadeo.

Michelle dirigió la mirada a Garan, quien miraba a la chica con mucha curiosidad. —¿Cómo vas a llamarla?— preguntó.

Garan volteó a verla. —¿Llamarla?—.

—No puedes simplemente llamarla Selene. Me preguntaba si le escogerías otro nombre—.

Se enderezó un poco. Su expresión mostró un poco de desconcierto. —Para ser franco, no lo había considerado siquiera—.

—Michelle tiene razón— dijo Logan, todavía revisando el portavisor. —Habría que darle un chip de identidad también, si esperamos que encaje aquí en la Tierra. Necesitará algunos antecedentes... una familia, y una razón verosímil de por qué es una ciborg. De esa manera, nadie podrá sospechar nada. Ya tengo algunas ideas, pero tú puedes asignarle un nombre, al ser su tutor legal—.

Garan bajó la mirada de vuelta a la niña. Frunció el ceño. —No soy bueno con los nombres. Mi esposa eligió los nombres de mis hijas. Ni siquiera creo que se me ocurra alguno bueno para decir—.

Michelle se lamió los labios detrás de la mascarilla. —Tengo una idea—. Ambos voltearon a verla. —¿Qué tal... *Cinder*?^[1]—

Dudaron un poco, y Michelle notó que estaban inseguros acerca del nombre. Levantó la barbilla y explicó: —Es un nombre modesto, pero también... poderoso. Debido a su pasado. Ella sobrevivió a ese incendio. Renació de las cenizas—.

Los dos voltearon a la vez a ver a la niña de nuevo.

—*Cinder*— dijo Logan, chasqueando la lengua. —*Cinder*. Me gusta, de hecho—

—A mí también— dijo Garan. —*Linh Cinder*—.

Michelle sonrió, alegre al ver que su propuesta había sido bien recibida. El nombre de un retoño no debe ser escogido a la ligera, pero parecía el nombre perfecto para ella. Y ahora la princesa tendría un lindo legado suyo. Un nombre que Michelle le había dado, como un regalo de despedida, incluso si ella no lo supiera nunca.

Cenizas. Ascuas. Brasas. Michelle esperaba que sea lo que fuera aquella fuerza que le permitió aferrarse a la vida tras ese incendio todos estos años todavía siguiera encendida dentro de ella. Que siguiera ardiendo, más y más, hasta que brillara tanto como el sol naciente.

Necesitaría esa fuerza para lo que tenía por delante.

Michelle puso una palma en la cubierta del tanque, cerca del corazón de la niña, en el momento en que la pantalla vibró.

Un latido.

Luego, unos segundos después, otro. Y otro.

Con los nervios de punta, Michelle se inclinó un poco más y, empañando un poco el cristal con su aliento, susurró: —Hola, *Cinder*. Estoy tan feliz de conocerte al fin—.

Como si hubiera escuchado ser llamada por su nombre, la niña abrió los ojos.

¹ *Cinder* significa literalmente «cenizas» en inglés